

Los periodistas están siendo con frecuencia blanco de la violencia de la extrema izquierda. En la foto, el conocido escritor y periodista Indro Montanelli, tras el atentado sufrido en Milán.

Italia

MORAL Y VIOLENCIA DE LAS BRIGADAS ROJAS

PROCEDENTES DE UNA IDEOLOGÍA "OBRERISTA", LOS TERRORISTAS ITALIANOS COMIENZAN A IRRITAR A AQUELLOS A QUIENES PRETENDEN DEFENDER...

MARCELLE PADOVANI

LA técnica está a punto. Los Brigadas Rojas le esperan a usted frente a su domicilio. En el preciso instante en que se dispone a subir a su automóvil, le interpelan: "¿Es usted fulano de tal?". Apenas le da tiempo a responder cuando una ráfaga de metrallata le siega las piernas. Y ya puede darse por contento si el tiro no le entra a mayor altura, en pleno rostro, como ocurrió a Carlo Casalegno director adjunto de "La Stampa", muerto el 29 del pasado noviembre en Turín; o en mitad del pecho, como le pasó a Francesco Coco, fiscal de la República de Génova; o Fulvio Croce, presidente de la orden de los abogados turineses. Seguirá al atentado un comunicado por el que se informará al "pueblo" de la eliminación de uno de sus enemigos: "Aquí el mando unificado

de las Brigadas Rojas. Acabamos de ajusticiar a un esclavo del Estado".

"Fray Metrallata"

El terrorismo parece haber encontrado también en Italia un terreno abonado. Primero, el terrorismo "negro", el de los neofascistas dedicados a la colocación de bombas, que se desarrolló después del otoño de 1969. Luego vino el terrorismo "rojo", que ha hecho estragos estos dos últimos años a golpes de asesinato: treinta y ocho homicidios, veintiséis secuestros y dieciocho atentados componen el activo de las Brigadas Rojas. Dieciséis asesinatos, veinte secuestros y catorce atentados, el de los Núcleos Armados Proletarios (NAP). A lo que hay que añadir las acciones de las otras noventa

y cuatro organizaciones que ocupan de cuando en cuando las primeras páginas de los periódicos: las Rondas Proletarias Armadas, las Milicias Proletarias, y sobre todo la llamada Primera Línea. Los terroristas tienen la posibilidad de expresarse por los micrófonos de una radio "libre": Radio Onda Rossa (Onda Roja). Una canción populariza sus "luchas": "La lucha armada va ganando terreno en el mundo. ¿Qué aguardas, camarada, para comprender que por fin ha llegado la hora del fusil?"

Hay periódicos que siguen sus actividades sin antipatía, como "Rosso", "Senza tregua" y "Rivolta di classe". Por último existe, desde el verano, un libro que glorifica su gesta: "Mai più senza fucile" (Nunca más sin fusil).

De la diferencia casi cómplice manifestada en relación con los

últimos atentados por ciertos grupos de trabajadores, uno podía deducir una gran difusión del terrorismo en el seno de la sociedad italiana. A la pregunta de un periodista de "La Repubblica" sobre el poco eco que había encontrado en la Fiat el llamamiento a la huelga a raíz del atentado mortal contra Casalegno, un obrero respondió efectivamente: "Vamos a ver, periodista, si a mí me matasen, ¿te declararías tú en huelga?". Se han encontrado asimismo octavillas firmadas por las Brigadas Rojas en tres talleres turineses. Si a esto se añade que ciertos periódicos han podido establecer los lazos existentes entre el terrorismo italiano con los NAPAP franceses (Núcleos Armados Para la Autonomía Proletaria), organización más bien balbuciente todavía; con el PRP portugués (Partido Revolucionario del Proletariado), cuyo dirigente es Isabel do Carmo, y con los sectores más teóricos de la RAF (Fracción del Ejército Rojo) alemana, se tendrá la impresión de que se trata de una organización bien estructurada y protegida. Capaz en caso extremo de desorganizar las grandes ciudades provocando el terror.

¿Cómo está organizado el terrorismo "rojo"? Surgido en torno a un núcleo de jóvenes estudiantes católicos desengañados del "otoño caliente" de 1969, dio sus primeras clases en la Facultad de Sociología de Trento, donde tuvo algún contacto con el maoísmo, antes de buscar su inserción en las fábricas del cinturón milanés. Es allí donde se vincula a la segunda fuente del terrorismo: la constituida por los grupos de rebeldes que se proclaman herederos del leninismo y que está formado fundamentalmente por trabajadores de cuello blanco. Su primera aparición pública, el 10 de diciembre de 1973: Ettore Amerio, jefe de Personal de la Fiat, es secuestrado en Turín por las Brigadas Rojas. Pero de los secuestros estrictamente políticos se pasa a otros más descarados con petición de rescate. Luego empiezan los atentados con disparos a las piernas, para pasar a los asesinatos. Las siglas comienzan a bailar a partir de ese momento, pero las Brigadas Rojas siguen siendo el grupo más numeroso y aguerrido.

Y así se llega al actual mapa del terrorismo "rojo", que forman —de acuerdo con los sociólogos y los expertos tanto del Ministerio del Interior como del PCI— tres círculos concéntricos.

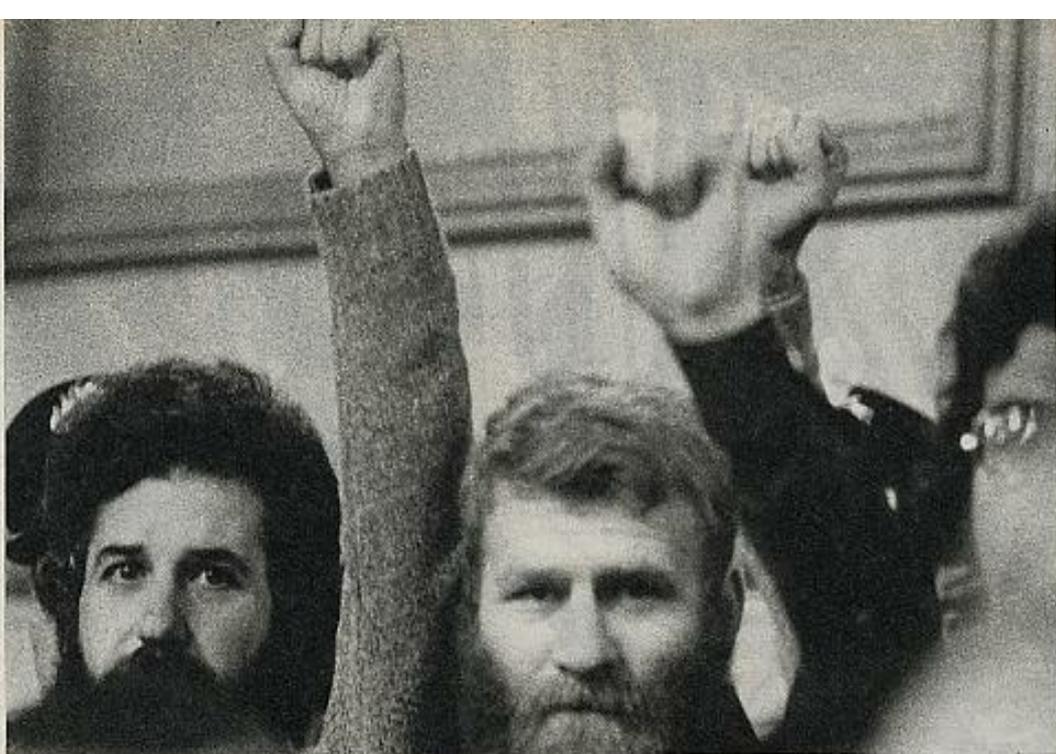
ITALIA

Está primeramente el "partido en armas", o círculo de los terroristas en sentido estricto—quinientas personas, según el Ministerio italiano del Interior—, que han escogido la clandestinidad y viven de los rescates que obtienen de los secuestros. Se calcula en unas cien mil pesetas por cabeza y mes el coste de estos "clandestinos". Es el dominio de las Brigadas Rojas, de Primera Línea, donde la Policía llega a veces a infiltrarse. Así logró introducir en las filas de las Brigadas Rojas a un sacerdote apodado "Fray Mitra" (Fray Metralleta), gracias al cual se logró la captura del dirigente "histórico" Renato Curcio.

Está luego el segundo círculo: de ocho a nueve mil militantes no clandestinos, con frecuencia armados, organizados en torno a la autonomía (Autonomía obrera, Colectivos autónomos, etc.). Los "autónomos" reclutan a su gente entre los estudiantes, los marginados, los empleados. Se infiltran en las manifestaciones obreras y estudiantiles, lanzan cócteles Molotov, tiran, hacen "expropiaciones proletarias" y cometen actos de violencia gratuitos. De este círculo al anterior se pasa fácilmente: los "autónomos" sirven de base de reclutamiento para la lucha armada, y en todo caso de zona de protección cómplice.

Por último, el tercer círculo—el de los simpatizantes— es mucho más amplio y fluido. Constituido por una masa de estudiantes, de marginales, de parados exasperados por la crisis y disponibles para cualquier tipo de protestas, no está decidido a condenar claramente las acciones terroristas. Es esa zona de simpatía atormentada, no forzosamente activa, que se expresa en las manifestaciones a los gritos de "Curcio libero" ("Liberar a Curcio"), que habla de los terroristas como de "camaradas que se equivocan, pero al fin y al cabo camaradas" y que milita en torno al grupo Lotta Continua.

Las relaciones de las Brigadas Rojas con el área "autónoma" son muchas veces, no obstante, conflictivas. Sobre todo, en cuanto al tema del programa. Las Brigadas Rojas reprochan a los "autónomos" que no se hayan decidido abiertamente por la lucha armada, al haberse dejado arrastrar al juego democrático y el intentar mantener a cualquier precio lazos "inútiles" con las masas.



La Policía logró introducirse en las filas de las Brigadas Rojas. De esta manera consiguió detener a su dirigente histórico, Renato Curcio, en la fotografía—izquierda—, durante el proceso.

Blanco favorito

Las masas, piensan los "brigatisti", están obcecadas hoy por hoy por el reformismo de los partidos obreros y el "trade-unionismo" de los sindicatos, cómplices del régimen. Sin embargo, debido a la gravedad extrema de la crisis económica, el fin del capitalismo puede verse acelerado por el choque frontal de los combatientes armados con el Estado y sus instituciones. Como dice un documento de las Brigadas Rojas, hay que intentar la "desarticulación política", la disgregación de "la máquina burocrática", como condiciones preliminares a cualquier revolución proletaria. Hay que apuntar al corazón mismo del Estado. Golpear a los partidos de izquierda, sobre todo el PC, que se han puesto de parte del enemigo. Militarizar la lucha de clases y convertirla en lucha armada. Organizar y desarrollar finalmente al "partido en armas" como vanguardia "político-militar", capaz de indicar a todos el camino a seguir.

¿Objetivos que se desprenden de semejante análisis? Han sufrido modificaciones en el transcurso de las últimas semanas. Las Brigadas Rojas, en efecto, han pasado de modo más o menos aproximado por tres etapas, sin que la decisión de apuntar a nuevos blancos excluya el olvido automático de los antiguos. La primera etapa fue la de los "capataces" en las fábricas: cuarenta y tres fueron secuestrados, golpeados o sometidos a juicio, o quemadas sus piernas con plomo

fundido. Pero la clase obrera no reacciona. La segunda etapa es la de los altos magistrados, los grandes abogados, los carabinieri, a quienes se elimina como símbolos de la autoridad y del Estado: ocho víctimas. La opinión pública parece tolerarlo. Entonces comienza la tercera etapa: la de la intimidación, primero, y la ejecución, después, de ciertos cuadros medios. Cuadros medios de la prensa. Cuadros medios de la Democracia Cristiana. Blanco favorito, este último: más de sesenta mil elegidos municipales, más de veinte mil cuadros provinciales. Gentes de clase media, identificables con la llamada mayoría silenciosa. De esa forma, los terroristas confían en despertar el alma poujadista que dormita, según dicen, en las clases medias. Lo que hace comentar a Rossana Rossanda, líder de "Il Manifesto", que con este último cambio de objetivos, el terrorismo demuestra claramente de qué parte se encuentra: "Si alguien se atreve a decir que el terrorismo es la lucha de clases—escribió el 30 de noviembre, le responderemos—: Sí, efectivamente, la lucha de los patronos y de los que hacen su juego".

Es verdad que, emergidos de una ideología obrerista, convencidos de que había que "ir a la clase obrera" como otros "iban al pueblo"—para abrirle los ojos—, los terroristas de las Brigadas Rojas y los simpatizantes de la autonomía han acabado hundiéndose en el antiobrerismo. En el desprecio de ese mundo del trabajo, donde se siguen haciendo horas extraordinarias,

para redondear la paga a fin de mes y donde la gran preocupación sigue siendo conquistar migajas de poder en las empresas. En la idea de que la clase obrera está más que derrotada y que hay que asegurar ahora la destrucción de los movimientos y los partidos que siguen representándola y que pretenden ocupar el Estado.

De aquí que los atentados "rojos" se asemejen cada vez más a una guerra "privada" sin ninguna relación con una estrategia obrera real, contra el Estado, contra la sociedad, contra los partidos y los periódicos. Y es significativo el que, por vez primera desde que existe este tipo de terrorismo, haya tenido lugar como respuesta una gran manifestación—doscientos mil metalúrgicos en Roma, el 2 de diciembre— en defensa de la democracia contra el terrorismo. Nunca se había visto nada semejante. Así, en el momento preciso en que parecía haberse enseñoreado de la situación gracias a la multiplicación de los atentados, las Brigadas Rojas, los "autónomos" y el terrorismo en general, han sufrido su primera derrota importante: repudiados en la calle por la clase obrera, más consciente y mejor organizada, han sido aislados incluso en el recinto de la Universidad, donde no suman más que unos pocos centenares, mientras que treinta mil manifestantes de extrema izquierda, próximos hasta ahora a esos grupos, los abandonaban para unirse, en las calles romanas, al desfile de los obreros procedentes del Norte.

Falta por comprender todavía

por qué tal terrorismo sigue siendo posible en Italia. Está, es verdad, la crisis económica, que, con la inestabilidad del trabajo, crea un terreno abonado para la revuelta. Está también la crisis política, que revela la extensión del "malgoverno" de la Democracia Cristiana y provoca la desconfianza. A lo que hay que añadir la difusión del mito de la violencia, especie de "atajo" para obtener satisfacción, que se opone directamente a la estrategia progresiva y prudente del Partido Comunista. Finalmente están las responsabilidades de la propia izquierda, particularmente del PCI, que han formado hasta una fecha reciente a generaciones enteras de militantes en el antistatismo y en la revuelta sistemática contra las instituciones.

Pero existen también razones más precisas. El hecho es que la Policía y los sistemas de protección del Estado se muestran tan ineficaces o tan poco coordinados —a veces reprimen con dureza exagerada, a veces parece que no existen—, que sólo en 1976 se produjeron quinientas veintidós fugas de prisión, de las que cincuenta y dos estaban relacionadas con el terrorismo "rojo", y que, también en 1976, se incautaron nada menos que sesenta y tres fusiles ametralladores, setecientos treinta fusiles automáticos, ciento cuarenta y cuatro revólveres, mil doscientos cuarenta y siete bombas de mortero y cuatro mil trescientos kilos de explosivos, lo que revela la existencia de un tráfico de armas sin precedentes.

El hecho es que, como subraya Ugo Pecchioli, cincuenta y dos años, "ministro del Interior" del PCI, "existe actualmente en el mercado internacional un pequeño ejército de provocadores

profesionales 'liberados' por la reorganización de los servicios secretos españoles, portugueses, franceses y germano-occidentales". Estos personajes dudosos, especie de mercenarios intereuropeos, constituirían una base tecnológica seria, siempre disponibles por poco dinero. Lo que, a falta de una explicación de las causas profundas del terrorismo, permite, no obstante, comprender su terrible técnica, e introduce de paso una noción cara a la izquierda italiana, la de la "estrategia de la tensión", que sería más o menos manipulada por los servicios secretos italianos y extranjeros. Habría, pues, "burattinai", títeres, que manejarían los hilos de la conspiración contra la democracia en Italia.

Italia, ese país en la punta Sur de Europa, donde la combatividad de los trabajadores sigue siendo elevada y donde el Partido Comunista está reclamando ya responsabilidades gubernamentales, sería, pues, debido a ciertas debilidades estructurales en la organización del Estado, el lugar donde ciertos sabios estrategas han decidido asestar un golpe definitivo a la penetración del movimiento obrero en las instituciones de la burguesía.

¿Una confirmación de esta sospecha? La sensacional confesión de tres terroristas —de diecisiete, dieciocho y diecinueve años— del grupo Primera Línea, publicada por el semanario "Panorama", del 20 de diciembre: Cesare, Giorgio y Carlo cuentan cómo, a partir de su modesta militancia inicial en los Colectivos autónomos turineses, se vieron inducidos progresivamente, por una especie de jefe exterior y misterioso, a manejar armas y realizar atentados que firmaban "Primera Línea": "Me encontré, cuenta Cesare, empuñando un 7,65. Y no quise hacer un mal papel... ■ ♦ "Le Nouvel Observateur".

El gran salto del P.C.I.



Enrico Berlinguer.

CUANDO Enrico Berlinguer, secretario general del PCI, entra, el miércoles 7 de diciembre, a las nueve horas, en la sala de reuniones de la dirección del partido, los treinta y tres dirigentes que le están esperando observan, a la primera ojeada, que tiene otra vez el aire de los días triunfales. Y no se engañarán: la reunión, que debía durar cuatro horas, se prolongará hasta las siete de la tarde y Berlinguer hablará durante una hora y cuarto. Dramático, atormentado, el secretario general pasa revista a los cuatro años últimos de la vida del partido. Hace un balance sin concesiones de la situación del país y del PCI. Expone, con casi maníaca precisión, las tres posibilidades que se le ofrecen al PCI: volver a la oposición; mantener la situación actual, juzgada como demasiado "ambigua", incluso por gente del partido; dar un acelerón con vistas a entrar en el Gobierno.

Triunfa la última alternativa. Los comunistas —que suman el 34,5 por 100 de los sufragios en las últimas elecciones legislativas— reclaman "un Gobierno de unidad y de solidaridad democrática con todos los partidos de izquierda, un Gobierno que tenga la autoridad y el prestigio suficientes para afrontar y resolver los grandes problemas del momento". La candidatura esta vez es oficial. "Queremos ministros", dice alguien próximo al secretario general. "Se acabó la política de los pequeños pasos", dice otro. La base está como de fiesta: parece que "respira", que "ve claro", tiene la impresión de haber dejado por fin atrás la "viscosidad" que caracterizaba, desde hacía año y medio, a la política de abstención parlamentaria de los comunistas a favor del Gobierno demócrata-cristiano de Giulio Andreotti, que ya empieza a contar los días que le quedan hasta la caída definitiva.

Ahora que republicanos, socialistas y comunistas están de acuerdo en retirarle su "no-desconfianza" y en reclamar al unísono un Gobierno "de urgencia" con el PCI, Giulio Andreotti, que ocupa el Palazzo Chigi desde el 11 de agosto de 1976, está en grave peligro.

¿Por qué los comunistas italianos, que habían dado pruebas hasta ahora de una santa paciencia digna de Job, han decidido bruscamente "jugar fuerte" y hacer valer la fuerza política y electoral que representan? ¿Aceptarán esta vez la democracia cristiana pasar el Rubicón? Pero vamos primeramente las motivaciones comunistas. Que son de dos órdenes.

1. Italia se dirige velozmente hacia un "crac" económico de envergadura, hacia una especie de bancarrota financiera, al menos por lo que respecta a las empresas nacionalizadas. Italsider (siderurgia nacional) no dispone ya de liquidez para pagar a sus empleados. Los grandes comisionados demócrata-cris-

tianos que "ocupan" literalmente las empresas dependientes del Estado han protagonizado grandes escándalos político-financieros. Algunos abandonan ya el barco. Hay en el país un millón setecientos mil parados. Pues bien, ¿qué propone el Gobierno en el plan económico sometido a la consideración de sindicatos y partidos? Créditos sin contrapartida —es decir, sin ninguna garantía de saneamiento— para las empresas nacionalizadas deficitarias, aumento de las tarifas públicas, medidas de salvación indiscriminadas para las empresas privadas en dificultades. En resumidas cuentas, un plan que no puede frenar ni la inflación ni la recesión y que carece totalmente de rigor en sus alternativas de austeridad. Estos son los principales defectos que han visto en él tanto los sindicatos como el Partido Comunista. Por otro lado, el Gobierno se está mostrando incapaz de controlar el orden público y de dominar el "terrorismo rojo".

2. La combatividad obrera sigue siendo intensa, a pesar de la acumulación de las dificultades económicas. La manifestación del 2 de diciembre —que protagonizaron doscientos mil metalúrgicos, parados y estudiantes por las calles de Roma— ha constituido una divina sorpresa para el PCI. Este pudo comprobar entonces cómo decenas de millares de comunistas, con "L'Unità" en el bolsillo, desfilaban a los gritos de: "Andreotti, te vamos a despellear", o "Ya es hora, ya es hora, el poder para quien labora", y también "Cambiamos esta cochina sociedad". El espectáculo romano abrió los ojos a la dirección comunista: la base obrera no ha bajado el puño.

Una crisis grave, a la vez política, moral y económica, y una combatividad obrera, hasta ahora intacta: la conjunción de ambos elementos ha sido la que ha hecho que el PCI, cuyo realismo es legendario, tomase conciencia de su fuerza y presentase por fin su candidatura a la gestión del país. Pero hay fuertes resistencias entre los te-cristianos: Andreotti quisiera "tutelar" la crisis hasta la primavera. Aldo Moro, presidente de la democracia cristiana, piensa que unas elecciones anticipadas deben preceder a la entrada de los comunistas en el Gobierno. Entre los propios socialistas, algunos empiezan a dudar de la utilidad de desentender la crisis de modo inmediato.

Por otra parte, cierto número de sindicatos "autónomos" de transportes han decidido, como por azar, lanzar huelgas "a la chilena" que podrían, por ejemplo, aislar el Sur del Norte. Y los terroristas no han dicho todavía su última palabra. De ahí que muchos se pregunten si el PCI no se habrá despertado a la realidad demasiado tarde. ■ MARCELLE PADOVANI. ♦ "Le Nouvel Observateur".



Violencia, esta vez negra: El juez Vittorio Occorsio, asesinado en Roma.